



Roberta Garza

El voto expiatorio

Sí, es cierto; anular el voto es una manera válida de manifestar rechazo a un sistema partidista excluyente, desinteresado y mentiroso. Pero es una manera tan válida como estúpida; si bien cruzar la boleta a todo lo largo o escribirle un simbólico Esperanza Marchita en el espacio reservado para Otros Candidatos puede causarnos una pequeña catarsis patriótica, haciéndonos sentir que le pegamos con todo al sistema de partidos, la consecuencia es exactamente

Será más cómodo deslindarse con el gesto fácil del voto cuya blancura creemos nos expía, antes que adoptar en lo individual una rigurosa e intachable cultura cívica y ética

la contraria: la abstención —o la anulación del voto, que equivale a lo mismo: nulificar la propia voz— ha sido sin excepción nociva para la democracia, aumentando el margen de maniobra de, justamente, los partidos, sobre todo de aquellos que incurren en prácticas corporativas, turbias y clientelares a través del voto duro: aquí el beneficio mayor sería para el PRI, que aún mantiene una formidable estructura

logística en gran parte del país; en segundo sitio para el PRD, que controla con sus dolores padidnas al epicéntrico DF y, en un lejano tercer lugar, para el PAN, que ha sabido conservar, más por tradición que por operación, la fidelidad en un par de ciudades nortenas.

Pero, independientemente de cuál sea la consecuencia del voto en blanco, su llamamiento nace de un razonamiento fallido: primero, porque a los partidos políticos, grandes y pequeños, nacionales y extranjeros, les importa un reverendo pistache lo que los ciudadanos pensemos de ellos, buscando como único mantra el

poder y los privilegios que lo acompañan, siendo lo demás —la buena cara que nos tienen que poner durante las campañas, por ejemplo— mero daño colateral. Segundo, porque los partidos per se no tienen la culpa: apenas son instituciones de origen ciudadano presentes y necesarias en todas las democracias funcionales, sirviendo para estructurar bajo un manto ideológico y logístico a determinadas demografías. De esto se desprende el tercer y más doloroso punto: la podredumbre en nuestros partidos no existe por generación espontánea, sino que emerge y se nutre de los usos y costumbres del ciudadano mexicano promedio.

Pero siempre será más cómodo deslindarse con el gesto fácil del voto cuya blancura creemos nos expía, antes que adoptar en lo individual una rigurosa e intachable cultura cívica y ética que comienza por admitir que la corrupción organizada del PRI, la hipocresía moral del PAN y el falso compromiso social del PRD son suyos porque son nuestros. ■■

roberta.garza@milenio.com

